

AL REDEDOR DEL ESTILO

XXX

Un lector avisado se dirá: «Según parece, lo que este hombre entiende por tontería de término medio es la falta de personalidad mental.» Y así es, en efecto. La tontería de término medio, que por otra parte se llama mero sentido común, puro sentido común sin chispa de sentido propio, la tontería de término medio, lo que hemos llamado fisiológica, es la falta de personalidad. Un tonto de término medio, un tonto medio, podrá tener individualidad, pero carece de personalidad. Se destaca de los demás, pero no representa nada. Como no sea el término medio, o sea su propia impersonalidad.

«Pero si la tontería es la falta de personalidad y el estilo es la expresión de la personalidad, su forma suprema, su sello eterno, ¿cómo es—se dirá el lector—que un tonto puede tener estilo?» Porque hemos dicho que hay un estilo, y muy castizo, de la tontería. Y aquí entramos en la paradoja, que sirve, entre otras cosas, para enloquecer a los tontos, desentonteciéndoles un poco.

La paradoja es que siendo la tontería la falta de personalidad y siendo el estilo la expresión de ésta, el estilo de la tontería es la expresión de la personalidad de la impersonalidad. Y hay, en efecto, quien representa la no representación.

No hace mucho que le he oído a un español decirme que él es católico «como cada hijo de vecino». Lo cual, claro está, no es ser católico ni ser nada. El que me lo decía no tomaba ese término de «católico» en su sentido primitivo de «universal», sino

que lo tomaba en su sentido de en España hombre de término medio, que a esto equivale ser hijo de vecino, ciudadano con cédula. En su concepto de católico no entra para nada el elemento dogmático. Cuando más, el litúrgico. Católico en concepto de hijo de vecino quiere decir el que fué bautizado y se casa y se muere y se le enterra según los ritos de la Iglesia de los vecinos, y para eso no hay que pensar mucho.

Y volviendo a los tontos, hay que decir que suelen tener ideas—o mejor son tenidos por ellas—, pero que no tienen pensamientos, que no piensan. El tonto suele ser hombre de ideas—«yo tengo mis ideas»—exclama, como quien dice: «tengo mis zapatos»—, pero no de pensamientos. Como las ideas son sólidas, puede llevarlas en el bolsillo; pero los pensamientos, que son fluidos, se le escurrirían. Las ideas, además, se las recibe; los pensamientos hay que hacerse. El hombre de pasión, el hombre de estilo, hace pensamientos con las ideas y hasta funde diamantes con lava líquida; el tonto convierte en ideas los pensamientos ajenos.

Y ahora, ¿qué es eso de que un tonto se encuentre, merced al estilo, consigo mismo en cuanto tonto? Esto es, que descubra su propia tontería. Y el tonto que se descubre tonto, que llega a comprender su propia tontería, que llega a expresar la personalidad de la impersonalidad, ha realizado una profunda obra.

Ya lo dijo, aunque de otra manera, el humorista norteamericano Oliver Wendell Holmes: ¿qué descanso debe de ser para un hombre que se cree perseguido por la suerte, que fracasa en sus propósitos, que no logra realizar sus idealidades, el descubrir un día que ello se debe a su falta de personalidad mental, a su tontería! Ese día se ve libre de la pesadísima carga de la responsabilidad; ese día averigua que sus fracasos no se deben a él, sino a que Dios no le dotó con la inteligencia suficiente para llevar a cabo su misión, la que él creía su misión. Ese día puede exclamar con el tonto Don Juan Tenorio: «de mis pasos en la tierra, responda el cielo y no yo!»

Y he aquí cómo puede haber un estilo de la impersonalidad, un estilo de la irresponsabilidad, que es lo mismo, y que se confunde con lo que podríamos llamar—y pase la paradoja—estilo colectivo. Porque un punzón no pueden manejarlo a la vez tres, cuatro o cien o mil manos. Lo mismo que una copia, una simple copia no pueden inventarla a la vez una docena de personas. Podría ser anónima, pero no colectiva. El espíritu colectivo no articula; la voz de la muchedumbre no es articulada. A lo más, grita: «¡Viva!» o «¡Muer!» que no son ya palabras, son gritos. Por lo cual llamamos paradójico al estilo colectivo, que es el estilo de la falta de estilo, la expresión de la vaciedad, la apariencia de expresión. Y de aquí que el individuo que escribe o pinta o esculpe o canta con ese estilo es nadie, es un nadie. Es nadie si se le separa de la colectividad, porque en ésta es un individuo, es un número, no una persona, no una potencia.





Curioso que aquí en París decir de uno que es un número—*ce numero id*—es lo mismo que decir que es un tipo, aunque también se emplea esta expresión. Y «un tipo», para nosotros, suele ser el que tiene un cierto estilo. Típico es lo que tiene un estilo colectivo, un estilo de pega, un estilo de rito y de tradición.

«Pero—dirá el lector—es que no hay una personalidad colectiva?» Vamos, sí, la de eso que los juristas llaman personas jurídicas y a las que en ciertos casos se les llama también corporaciones. Y esto de la personalidad colectiva, y, por lo tanto, del estilo colectivo, del estilo de muchos y de nadie, es la cruz de esta errabunda indagación. Ello parece echar por tierra cuanto hemos dicho acerca del estilo.

Porque si hay un estilo español, y francés, e italiano, e inglés, y alemán, y griego, y latino..., y así siguiendo; y si hay un estilo del siglo XIII, y otro del XVI, y otro del XVIII, y otro del XX, y las distintas expresiones del espíritu humano, entonces se nos hunde cuanto hemos dicho. Pero ¿es que hay en pintura un estilo veneciano o flamenco, por ejemplo, de tal o cual época, o lo que hace que los pintores venecianos o flamencos de esas épocas se asemejen entre sí, no será acaso otra cosa que estilo? Los individuos de ciertas comarcas se visten de un modo especial, de un modo típico; pero a ese tipo de vestirse, ¿le llamaremos estilo? ¿No será más bien que el estilo se da dentro de ese tipo, que le impone linderos, y que el individuo con más estilo, con más personalidad, tiende a romper el tipo?

El llamarle estilo a la letra inglesa, o a la española de Iturzaeta, o a la gótica, o a la vertical, es acaso confundir el estilo con el tipo. Con un mismo estilo se puede trazar muy diversos tipos de letra, y un mismo tipo de letra puede ser trazado con muy diversos estilos. El estilo es personal; el tipo es impersonal. En tipos muy diversos pueden parecerse dos estilos, y a la inversa. Ni hay que confundir el traje con la manera de llevarlo.

Yo puedo escribir en tipo romántico, o clásico, o simbolista, o ultraísta; pero el estilo será el mío; como escriba con el carácter de letra que escriba, en el trazo se me conocerá. No siendo un falsificador. O un calígrafo, que es uno que carece de estilo de letra.

Miguel de UNAMUNO

